

EL VALOR DEL ARTE

por Arnaldo Berríos Muñoz

Señores miembros del Directorio, señores Académicos de Número, señoras y señores, amigas y amigos.

Querría comenzar estas palabras agradeciendo vuestra presencia y compañía en este momento de tanta trascendencia. Debo reconocer que, a través de mi ya larga trayectoria teatral, jamás imaginé recibir este valioso reconocimiento. Me llena de orgullo y satisfacción la invitación a pertenecer, como Miembro de Número, a la prestigiada Academia Chilena de Bellas Artes. Es un nombramiento que me significa una inmensa satisfacción y lo agradezco de corazón a todos sus distinguidos miembros.

Es justamente desde la idea de los significados que quiero compartir con ustedes algunas de las reflexiones que me han acompañado en estos últimos días. Desde la idea de qué ha traído consigo, durante todos estos años de trabajo artístico, plantearme desde una opción ética, identitaria, artística, que lleva implícita la búsqueda del sentido.

Y es que pareciera, a la luz de los datos fríos y pragmáticos de la bolsa de comercio y de las cifras de la macroeconomía y de las estadísticas, que en este mundo ya no queda espacio para el alma. El arte, como expresión de la profundidad del alma humana está, arquetípicamente, encargado de plasmar su desarrollo, de los individuos y de los colectivos donde nos situamos sociohistóricamente. Y el alma está buscando todo el tiempo un sentido, por tanto, si el arte es el portador del alma cultural y espiritual de un pueblo, nosotros, los artistas, los que hacemos carne y vida ese arte, debemos ser también buscadores de sentido.

Desde esa creencia es que me asalta una pregunta, que se me plantea ahora algo angustiosa: ¿qué hacemos con esa búsqueda en el frío mundo de las cifras?

La respuesta a la que hoy llego, luego de años de trabajo y de reflexión desde el hacer, específicamente desde el quehacer teatral, es que pareciera tratarse de un asunto de opciones. Es simple, pero a la vez tremendamente complejo cuando uno se sitúa en el lugar y el tiempo en que cada una de esas opciones han debido ser tomadas.

Recuerdo entonces que vengo de un puerto principal, vengo de Valparaíso, ciudad bella y devastada, abatida por terremotos reales e imaginarios, subsumida por la cercanía a veces agobiante de la gran capital, y que nosotros, sus habitantes, intentamos proteger y seguir construyendo, a pesar de las dificultades. Muchos hemos debido emigrar, algunos por un tiempo, como ya les contaré fue mi caso, otros han debido marcharse de manera más definitiva, en la búsqueda de un espacio de trabajo tal vez menos identitario, porque somos porteños, pero más digno, incapaces a ratos de hacer frente individualmente a las consecuencias de los gustos mayoritarios por la farándula y por el espectáculo más liviano, y de los efectos que tales preferencias tienen desde una lógica de mercado.

Mi ciudad evoca magia y poesía, y ha dado origen a grandes artistas y a mejores obras de arte. Una ciudad llamada –por su belleza- Patrimonio de la Humanidad. Una ciudad que ha sido muchas veces maltratada por la naturaleza y –en más ocasiones de las que quisiera- también maltratada por algunos de sus habitantes.

Sin embargo, Valparaíso se defiende, a pesar de todo, por su bella estructura y su ubicación geográfica, por su arquitectura y porque habemos muchos que la protegemos y cuidamos... a nuestro modo, con nuestras herramientas, con nuestros medios... con nuestro arte.

En todo caso, la mayoría de las veces resulta casi doloroso desarrollar el arte en general –y el teatro en particular- en una ciudad donde, como ya les decía, gran parte de sus artistas deben emigrar si quieren destacar y vivir de su arte. Muchos de nosotros hemos debido aprovechar oportunidades de aprendizajes y nuevas perspectivas en esta capital o en otros sitios lejanos, integrando y luego llevando de vuelta a casa, nuevas maneras de ver y de vivir el arte escénico.

Permítaseme un instante entonces, para hacer una pequeña reseña de cómo recorrí ése, mi camino en el teatro:

Cuando joven, a poco de haber finalizado mis estudios secundarios, la vida me hizo un gran regalo. Conocí a un grupo de soñadores que perseguían una utopía ideológica y una utopía artística. Me refiero a los integrantes de la Agrupación Teatral Valparaíso –ATEVA- que formó y dirigió mi muy querido e inolvidable maestro Marcos Portnoy... recientemente fallecido en Bruselas.

Marcos, sus compañeros de sueños y todo lo aprendido al alero de ATEVA, son y serán –sin lugar a dudas- un recuerdo imborrable que llevaré dentro de mí para siempre... siendo parte fundamental de mi manera de plantearme ante la vida. Fue allí donde aprendí la inconmensurable importancia que tienen el Arte en general, y el Teatro en particular, como vehículo cultural en nuestro país. Y utilizo el término “cultural” involucrando también en este concepto el valor ideológico y social del Teatro. Como me dijo –no hace mucho tiempo- Marcos Portnoy: el Teatro tiene que estar siempre ligado a la realidad. Entonces, ligado a nuestra historia, a nuestra realidad latinoamericana, a nuestros dolores y a nuestra manera colorida e intensa de existir.

Fue allí, en ATEVA, donde aprendí y quise creer que, a través del arte teatral y su conexión con nuestros procesos socio históricos, era posible cambiar este país... era posible cambiar el alma de este país, era posible cambiar al ser humano y acompañar o manifestar su crecimiento espiritual.

Creí –en definitiva- que, a través del Teatro, era posible hacer la gran revolución... el gran cambio... Y aunque la vida me demostró que había quienes no permitirían tanto, esa opción, indentitaria, ética, desde la búsqueda de la profundidad y el sentido, me acompaña hasta hoy. Puedo aún decir que, a pesar de que han pasado tantos años y tantas historias han fluido entre los dedos de quienes ya están en este lado del camino, no debo, ni quiero, cejar en mi objetivo, ni cambiar mis creencias.

Soy un idealista, es cierto, y lo asumo hoy desde este lado del mundo de las ideologías, de las filosofías y de las posturas morales e intelectuales, que los seres humanos debemos realizar a lo largo de nuestro camino.

Y ... en estos tiempos y en este país –ya pasados muchos años desde entonces- el idealismo ha llegado a ser considerado una enfermedad que no tiene cura, tan peligrosamente contagiosa y difícil de exterminar como las utopías ideológicas y teatrales que han movilizado todo mi quehacer, desde aquella lejana juventud hasta ahora.

En estos tiempos que corren, las utopías... los sueños... el idealismo... son considerados “Light” y parecen tener fecha de caducidad.

Es por todo esto que no puedo dejar de sentirme legítimamente orgulloso de que se me haya invitado a ser parte de esta Academia de Bellas Artes formada por personas cuyo principal objetivo es procurar que la cultura y el Arte se extiendan a las grandes mayorías. Para mí tiene un valor inapreciable poder ser partícipe de este grupo de “mosqueteros” del Arte... siempre atentos y vigilantes a su desarrollo en este siglo XXI que recién comienza.

Este siglo XXI en que el Arte y el Teatro, como la forma de arte que me ocupa, aún no logran sacudirse totalmente de los males impuestos durante los tiempos oscuros de nuestra historia, viéndose, día a día, peligrosamente acosados por criterios mercantilistas, frívolos e intrascendentes que, a la larga, hacen que los objetivos básicos

fundamentales se desvíen, transmitiendo al público la idea perversa de que ellos no constituyen más que una mera entretención... vacía de contenidos trascendentes...

Un país –el alma de nuestro país- necesita del arte y la cultura más que del IPSA, el DOW JONES y el precio del dólar... Es necesario rescatarlos y rescatar sus contenidos... es necesario rescatar ese Teatro: un Teatro que esté indivisiblemente ligado a la realidad de los desplazados por la perversidad del sistema. Creo que no habrá otra manera de rescatar el valor -y no el precio, como se suele confundir- de la vida... es imprescindible rescatar el valor social y humanista del arte del Teatro.

A veces pienso que para los defensores de los valores económicos del sistema, quienes estamos relacionados con cualquiera de las expresiones que el Arte encierra en su seno, somos algo así como un grupo de tipos raros que pierde la vida en una gestión imposible y absurda. Para ellos, que intentan juzgar el quehacer artístico con la terminología del libre mercado, nuestro arte puede ser interpretado como un sueño incomprensible. Y, claro, es un asunto de opciones, sin duda, para ellos, desde su lado de la vida, resulta incomprensible... Pero no para mí...

Para mí el arte teatral es precisamente eso... un sueño, un idealismo, una pirueta insensata llena de sentidos y contenidos... si se me permite la paradoja. La pregunta que puede surgir en ellos es entonces: ¿cómo se puede sostener la fe en el Teatro, soportando tanta marginación... tanta contradicción... tanta aparente inutilidad? Mi respuesta a ellos sería: hagan un esfuerzo –no es difícil- por encontrar la explicación, el valor y la utilidad que tiene para el ser humano, el amor a la vida y a los otros, la magia, el asombro, el juego.

Quisiera en esto citar a nuestro gran amigo Jorge Díaz, quien señala que: “Si se pretende que lo desmesurado del sueño del teatro se adapte a las chatas medidas de la vida actual entonces no estaremos haciendo teatro... estaremos sólo haciendo ilustraciones de viejas estampas sin

vida. Sólo la desmesura del sueño del teatro, su aparente insensatez alienta nuestro objetivo final”.

El Teatro –señala Jorge- no lo creó Dios. Lo creó el hombre y lo hizo a imagen y semejanza del hombre. Es decir: vacilante, perplejo, cojitranco,... y yo quisiera agregar que el Teatro, como cada hombre, vive pleno de sueños realizables. El arte y, en consecuencia, el Teatro, deben volver a ser una profecía en la oscuridad de nuestra ignorancia, un testimonio de la libertad de nuestras almas, como individuos y como colectivo. El Teatro tiene que volver a ser una flor cuyas raíces surgen de la sustancia de la vida.

La función del Arte –del Teatro- no es transformarnos sólo en críticos y estetas conocedores de sus teorías. La acción y la función del Arte nos obliga –sí o sí- a contemplar y explorar con placer el drama constante de la vida, ayudándonos así a adquirir la estatura completa de un ser humano. En ese sentido, su valor es inconmensurable.

No puedo terminar esta exposición sin antes señalar que tener la oportunidad de ser partícipe de este selecto grupo de personas que integran la Academia Chilena de Bellas Artes es un privilegio que valoro en toda su dimensión y, desde luego, me pongo a disposición de quienes la conducen como un colaborador más en pos del enriquecimiento y desarrollo del Arte y la Cultura de mi país.

Nuevamente, ¡Muchas Gracias!